

La gravedad y la gracia

Simone Weil

Carta a un religioso

Prólogo de Carlos Ortega, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Madrid, Trotta, Colección Mínima, 1998, 70 págs.

Simone Weil

Escritos de Londres y últimas cartas

Prólogo y traducción de Maite Larrauri, Madrid, Trotta, Colección Estructuras y Procesos, Serie Religión, 2000, 197 págs.

Arturo Cantú Sánchez

Hasta hace muy poco no había leído –o no le había dado importancia– a Simone Weil. Desde ocho o diez años atrás *La gravedad y la gracia* estaba en el librero, pero apenas sí lo había hojeado. Hace poco, en un lote de libros de Editorial Trotta, encontré los *Cuadernos*, otra traducción de *La gravedad...*, una biografía, y dos o tres libros formados con textos que se recopilaron después de su muerte.

Entre ellos *Carta a un religioso* y *Escritos de Londres*. La *Carta...*, dirigida a un dominico, expone los razonamientos que le impidieron ingresar al catolicismo, reacia a una Iglesia demasiado segura de tener el monopolio de la revelación. Simone ve la necesidad histórica, racional y teológica del cristianismo, y se considera en esa línea de pensamiento y en esa fe religiosa, pero le

resultan injustificables muchos de los dogmas. No cree en una sola revelación, a través del pueblo judío, el Antiguo Testamento y finalmente Cristo, sino en un proceso de revelaciones sucesivas, en el que habría tomado parte toda la humanidad, avanzando paso a paso hasta la concepción de Dios como bondad suprema encarnado finalmente entre los humanos. Dice

Weil en uno de los puntos de su carta: “Siempre que un hombre ha invocado con un corazón puro a Osiris, Dioniso, Krishna, Buda, el Tao, etc., el Hijo de Dios ha respondido enviándole el Espíritu Santo. Y el Espíritu ha actuado sobre su alma, no instándole a abandonar su tradición religiosa, sino dándole la luz...” (29/30). La *Carta a un religioso* fue una carta real, dirigida al sacerdote Jean Couturier, al que había conocido en Nueva York gracias a la intercesión de Jacques Maritain. Couturier no le respondió.

En Francia, Simone Weil había militado en la izquierda –“la virgen roja”, le decían– y durante todo el año de 1934, a los 25 de edad, vivió del trabajo y sueldo como obrera en una fábrica de automóviles, porque quería vivir como vivían los obreros, saber exactamente qué era ser pobre. Estaba más cerca de la santidad que de la militancia. Los *Escritos*... fueron redactados entre diciembre de 1942 y abril de 1943, cuando ingresa al hospital enferma de tuberculosis, para morir poco después. Durante su estancia en Londres se había empeñado en comer lo mismo que comería un francés, bajo la ocupación alemana, con su tarjeta de racionamiento. Por esos días imaginó un servicio femenino de enfermería que consistía en acompañar a los soldados al frente de batalla y prestarles allí los primeros auxilios. Trabajaba en la organización aliada de apoyo a la resistencia, en un grupo encargado de estudiar y elaborar proyectos para la reorganización de Francia al término de la Guerra. De Gaulle, que conoció algunos de sus textos, opinó que estaba loca.

Los escritos de Simone son impresionantemente simples, lógicos e inadmisibles. Propone –e imagina procedimientos para lograrlo– que los gobernantes sean responsables de los resultados de su gobierno, y que los gobernados tengan el derecho y la posibilidad de

satisfacer sus necesidades materiales y espirituales. (“Consideraciones en torno al nuevo proyecto de Constitución” e “Ideas esenciales para una nueva Constitución”). En todos los asuntos declara su opinión con inocencia, sin doblez, por encima de todos los intereses, y sobre todo por encima de los intereses en los que estaban de acuerdo, aun en medio de la guerra, tanto los aliados como los alemanes... Simone pensaba quizá que los horrores de la guerra eran tales que a su término los hombres estarían totalmente convencidos de organizar el gobierno bajo bases diferentes a las que habían ocasionado la guerra; la guerra mundial, con todos sus horrores, tendría por lo menos el efecto de poner al descubierto la naturaleza facciosa de los gobiernos anteriores y revelaría, en medio de la destrucción, el verdadero valor del pueblo y del trabajo. Habría, después de todo, una especie de renacimiento.

No fue así, desde luego. Para la mentalidad del siglo xx, antes y después de la guerra, resultó siempre impensable que los gobernantes fueran responsables de nada, hicieran lo que hiciesen con los gobernados. Pero los *Escritos de Londres*, a más de 50 años de su redacción, tienen una fascinante frescura. Después de ellos me sentí obligado a releer *La gravedad y la gracia*, o a leerlo por primera vez. Es un libro compuesto con reflexiones teológicas entresacadas de sus *Cuadernos*. Lo leí con susto, con temor de que tuviese en esos asuntos el mismo grado de razón que en sus análisis políticos; lo leí como los que tienen ojos para ver y no ven. “Es implacable”, me dije, con la determinación oscilante, a medias inconsciente, de creer lo que decía o de no tomarla demasiado en serio por el momento. Como si se tratara de un libro al que uno pudiera volver después para prestarle la atención sostenida y completa que merece. *

12 de septiembre

Cartas de Nueva York

Eliot Weinberger

Eliot Weinberger

12 de septiembre.

Cartas de Nueva York

Era, México, 2003, 89 págs.

Este libro rinde el testimonio de estos años aciagos desde dentro de un país que tiene “el peor sistema educativo de los países industrializados, el peor sistema de transporte colectivo y de salud pública, los mayores índices de analfabetismo, gente sin hogar, embarazos adolescentes y mortalidad infantil”.

El poder de la quimera

Francisco Prieto

Francisco Prieto

El poder de la quimera

Aldus, México, 2003, 208 págs.

Este libro es una novela que causa escozor y estupor, que hurga en la intimidad y muestra de forma descarnada las ruindades de la clase política mexicana, la corrupción y el hedonismo chato, voraz, de los líderes de la cofradía en torno al poder.